



¿Verdad o mentira?

Las documentadas denuncias hechas esta semana por LA REPÚBLICA sobre la verdadera identidad del asesino del esposo de la ministra Cuculiza son un excelente ejemplo para reflexionar sobre la verdadera entraña de este régimen político.

Como ya lo hemos señalado en otras oportunidades, el régimen usa reiteradamente la táctica de "matar al mensajero"; es decir, que la culpa de los problemas la tiene quien los denuncia y no quien los ocasiona. En este caso, la ministra Cuculiza repetidamente había señalado que los asesinos de su esposo habían sido terroristas y que eso le habría dado cierta estatura moral para sus críticas a la Corte Interamericana de los Derechos Humanos y a quienes defendían sus fallos. Pero de acuerdo con las denuncias de este diario, la premisa del asesinato perpetrado por terroristas resulta falsa. ¿Dónde queda entonces su estatura moral? Este es el verdadero orden de las cosas y no al revés como lo ha querido mostrar cierta prensa.

La relación entre lo público y lo privado en política es un asunto delicado y generalmente los medios de comunicación son criticados por traer asuntos privados de los políticos a su vida pública para desacreditarlos. Este no es, sin embargo, el caso que nos ocupa. Aquí ha sido el personaje público —la ministra en cuestión— quien ha traído al conocimiento general un episodio de su vida privada y un medio de comunicación quien ha buscado comprobar la veracidad del mismo. O sea, se trata de un hecho que ya era del dominio general por decisión de la propia afectada. No cabe entonces el argumento de la privacidad ni los sentimientos que acompañan a este derecho para impedir o condenar que un medio de comunicación se ocupe del asunto.

La respuesta de los voceros del régimen no ha sido, sin embargo, dejar espacio alguno a la sorpresa o, aunque sea, pedir una profundización de las investigaciones. Por el contrario, recurren a la indignación, en el mejor de los casos, y a la acusación sin pruebas y el insulto en

la mayoría de ellos. Mientras tanto, la propia ministra se niega a aclarar las cosas y se refugia en su comprensible dolor de viuda, en el que no reparó cuando se trataba de usar una supuesta circunstancia personal para el avance de su carrera política.

¿Qué le permite al oficialismo reaccionar de manera tan altisonante y sin confrontar la evidencia que se le presenta? El poder casi absoluto del que goza este régimen en la actualidad, que tiene como brazo fundamental el control de los canales de televisión de señal abierta que son los que llegan a la abrumadora mayoría de la población. No importa entonces cuál sea la verdad; ésta termina siendo la que repitan los voceros oficialistas por televisión una y otra vez.

La mentira es un componente central de este régimen. Ya algún político de experiencia lo calificó a principios de los noventa de mentirocracia. Pero no se trata de la mentira como argucia, que es lamentablemente común a casi todos los políticos en diferentes épocas y latitudes. No. Se trata de la mentira institucionalizada como forma normal de gobierno del Perú. La indignación del oficialismo es entonces una reacción contra aquellos que se atreven a revelar su verdadera naturaleza. Porque si este régimen se queda sin sus mentiras, no le queda absolutamente nada. En este cuadro la ministra Cuculiza no es sino una anécdota menor cuyo paso será recordado no como una excepción sino como un traspie de lo que constituye la regla en el fujimorismo.

Pero, a pesar de esta avalancha de mentiras, hay la imperiosa necesidad de persistir en la verdad. Como ha dicho monseñor Irizar: "la verdad por encima de todo". Aunque Fujimori consume su fraude, no se debe dejar de persistir en la verdad como la única forma ética de hacer política.

Además, cuando le llegue su hora a los demócratas y accedan al gobierno de este país, la verdad será la credencial más importante para construir un régimen legítimo y que permanezca en el tiempo.